



UNA CATEDRAL iluminada por el talento

Luis Vaissman A.

Depto. de Literatura, Universidad de Chile

En la Europa Medieval los cristianos devotos —con el ojo espiritual enfocado hacia la vida eterna— emprendían largas, difíciles y peligrosas peregrinaciones hacia lugares particularmente cargados de santidad y presencia de lo divino. Muchos eran los que partían; muchos también los que morían o eran muertos por el camino, o capturados y vendidos como esclavos por los moros; y no faltaban los que eran atraídos lejos de su laudable propósito inicial para sumarse a las bandas de truhanes, forajidos y mujeres de airado vivir que trashumaban en abundancia por esas tierras (¡abandonadas?) de Dios.

La historia de *La catedral de la luz* tiene la estructura de una peregrinación, sólo que en este caso el derrotero —la salida del desierto— nadie sabe dónde está. También en ella hay muertos, algunos que se entusiasman con el camino perdiendo de vista la meta, otros que no llegan nunca, y uno que logra salir. La anécdota es muy simple: un grupo de cinco personas queda varado en medio del desierto al acabarse el combustible del vehículo en que viajan. Ya que cualquier dirección es tan buena o tan mala como cualquiera otra —no saben dónde están ni dónde termina el desierto—, se separan tomando diversos caminos; al cabo de veintidós años de deambular, sólo uno de ellos encuentra la salida. En este peregrinar sin rumbo cierto se encuentran y desencuentran entre ellos y se topan, además —con mejor o peor suerte— con variopintos y generalmente estrafalarios habitantes del desierto.

En esta obra, los personajes nocen en la situación inicial; carecen de biografía; no son nada antes de

aparecer por primera vez en escena: sólo cuatro hombres (Lucio, Roque, Bruno y Daniel) y una mujer (Emilia) que irán definiéndose —unos más y otros menos— según las situaciones en que se encuentren comprometidos. En rigor, serán lo que su enfrentamiento con el desierto y sus habitantes les revele —a ellos mismos y a los espectadores— que son. Desde este punto de vista, *La catedral de la luz* pertenece a ese teatro de situaciones —preconizado por Jean-Paul Sartre—, el más famoso exponente de la literatura dramática existencialista y aparece como una variante, probablemente involuntaria, de *A puerta cerrada*, quizá la obra más famosa de ese autor.

Pero si en *A puerta cerrada* la acción ocurre en el espacio clausurado y asfixiante de un salón estilo imperio, cuya única puerta —inútil como escape— se encuentra a la vista del espectador, en *La catedral de la luz* el encierro está provisto por el espacio inmenso del desierto, sin límites —otros que los del espejismo y la alucinación. Es un encierro, por lo tanto, transhumante, pero en que cada lugar no es otro nuevo, sino en verdad el mismo, porque todo el desierto es, para los personajes, igual a sí mismo. Precisamente una de las virtudes más sobresalientes del montaje del Teatro Nacional Chileno es la solución escenográfica y de iluminación, que consigue magistralmente ese efecto de infinitud y limitación simultáneas por medio de paneles giratorios transparentes que reflejan las luces, permitiendo al mismo tiempo ver a través, y sobre los que se van registrando las huellas de sangre, baba y mugre que en ellos deja el prolongado vagar de los naufragos,

APUNTES DE TEATRO
Nº 110
(PRIMAVERA 95 - VERANO 96) (UC)

Una catedral iluminada por el talento [artículo] Luis Vaisman A.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vaisman, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una catedral iluminada por el talento [artículo] Luis Vaisman A. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile